

ESPAÑA ANTE EL CONFLICTO EUROPEO



I

Ojeada histórica sobre las rivalidades de España y Francia.

Preliminar.—Expedición de Carlomagno a España.—El pacto de Montpellier.—Primera invasión del Rosellón.—Sitio y saqueo de Gerona.—Victoria de Roger de Lauria en Rosas.—Enajena el rey don Jaime de Mallorca el señorío de Montpellier a los franceses.—Defensa de Perpignan por el rey don Juan de Aragón.—Prisión de los embajadores aragoneses en Lión.—El testamento de Luis XI.—Francia devuelve el Rosellón y la Cerdeña a España.—Principio de las guerras de Italia.—Conquista del reino de Navarra.—Asedio del castillo de Salsas.—Rivalidad de Francisco I de Francia y Carlos I de España.—Batalla de Pavía.—Francisco I en Madrid.—Paz de Cambray.—Sitio de Marsella.—Empresas de los españoles en América, en Túnez y en Hungría.—Alianza del Rey Cristianísimo con el Gran Turco.—Toman los imperiales Saint Didier y llegan hasta Meaux, en el Marne.—Pánico de París.—Paz de Crespy.—Valerosa defensa de Metz por el duque de

Guisa.—Abdicación de Carlos V.—Felipe II.—Batalla de San Lorenzo y toma de San Quintín.—Paz de Cha-teau-Cambresis.—Victoria naval de Lepanto.—Gran-deza de España.

Hase dicho por notables historiadores que España y Francia son dos naciones a las que ligan nexos de sangre y de idioma y una estrecha comunidad de intereses. Las dos primeras partes de esta afirmación son exactas, si bien estos vínculos existen también con Alemania, tronco común de los pueblos francos y góticos, y con todas las naciones cuya lengua se ha formado a base del latín; en cambio, la última parte de dicha afirmación es completamente falsa, pues además de las luchas en que por desgracia se han visto envueltas, Francia y España nunca han podido entenderse respecto de sus intereses, los que siempre han estado en pugna. Quiere Francia ejercer cierta hegemonía sobre la familia latina; no lo consiente el orgullo español, que considera humillante la tutela de un pueblo que, si ha realizado estupendas hazañas en Europa, no ha podido descubrir ni conquistar, ni menos, colonizar un mundo; anhela el francés alzar este señorío, no sobre una base de concordia y mutuo beneficio, sino sobre el abatimiento y la postración de España, cuya decadencia agrava, procurando sacar partido de ella; mira el gallo con envidia el progreso y la opulencia de la España cuando ésta es señora de naciones, y procura vencerla y arruinarla; contéplala con irritación y desdén una vez caída, y en vez de acorrerla en sus quebrantos, como hermana cariñosa y blanda, insulta sus despojos y se goza en su miseria; mira con prevención el hispano a su codicioso vecino, que se establece en Marruecos, y bloquea la Península; y así estos pueblos,

que confederados podrían formar un vasto imperio de sesenta u ochenta millones de habitantes, desde los Vosgos hasta la desembocadura del Tajo, manteniéndose desunidos y recelosos, rememorando el uno a Pavía y San Quintín y el otro a Zaragoza y Gerona. Y es que espiritualmente limitan a España y a Francia montañas más altas que los Pirineos. Cuando Luis XIV decía a su nieto, el duque de Anjou, en presencia de los embajadores españoles: «Ya no hay Pirineos», quizá lo decía sinceramente; pero se equivocaba: no se borran con una frase dos siglos de luchas y de agravios mutuos.

El origen de estas rencillas se remonta a una época en que todavía no estaba constituida España, y es una herencia del reino de Aragón.

Carlomagno fué el primer rey francés que pisó tierra de España en son de conquista. Este suceso se verificó en el siglo IX, y créese que el motivo de la invasión fué escarmentar a los moros que amenazaban muy de cerca a los otros estados de la Cristiandad. Carlos llevó los límites de su imperio hasta las márgenes del Ebro; pero al regresar a Francia fué atacado por los vascos y navarros en el desfiladero de Roncesvalles, y perdió todo su ejército, salvándose él a duras penas; no así su sobrino Roldán o Rolando, que murió a manos del caudillo de los españoles, Bernardo del Carpio, según cuentan las crónicas mentirosas de la época. El hecho histórico y definitivamente comprobado es que de esa fecha data el vasallaje de los condes de Barcelona y su sujeción a la corona de Francia.

En 1258, ganoso el rey de Aragón don Jaime *el Conquistador* de terminar sus diferencias con el rey de Francia, se dirigió a Montpellier para entrevistarse con él. Esta entrevista se verificó en el pueblo de Carbolio el 11 de Mayo de dicho año, y trata-

das todas sus diferencias, reconciliáronse los dos monarcas, quedando desde ese día los catalanes exentos del señorío y jurisdicción de los reyes de Francia, «homenaje usado y continuado desde que aquellas tierras se ganaron de los moros» (1).

Vuelto don Jaime a Barcelona, el 21 de Agosto de 1262 dividió entre sus hijos sus reinos y estados, correspondiendo a su primogénito don Pedro, Cataluña desde el cabo de Creus y todo Aragón y Valencia; y a don Jaime, el Rosellón, Cerdania, Colibre y Vallespir (por los cuales estaría sujeto a su hermano el rey de Aragón), Mallorca y Menorca, con título de rey, y el señorío de Montpellier, en Francia.

A la muerte del rey don Jaime *el Conquistador* surgieron graves desavenencias entre sus hijos. Pensábase sobremanera al mallorquín el homenaje que debía rendir a su hermano el aragonés y procuraba apartarse de él; codiciaba don Pedro los estados sobre los que don Jaime tenía título de soberano, y para moverle dificultades, lo acusó de que sin su permiso y con desprecio de las leyes de Cataluña batía moneda en Perpignan. Hostilizado don Jaime, dióse al partido de Francia, la que invadió con un poderoso ejército el Rosellón (1). Perpignan

(1) MARIANA.

(2) A 338.000 hombres ascendía este ejército, según el historiador de Cataluña don Antonio Aulestia y Pijoan, sin contar el número infinito de gentes que conducía la impedimenta llevada a lomo de 80.000 acémilas. El núcleo de este inmenso y desordenado ejército lo formaban 100.000 hombres de la nobleza de Francia, de ellos 3.000 caballeros armados llevando el oriflama, y lo comandaba en persona el rey don Felipe *el Atrevido*, acompañado del Cardenal Legado que tenía a sus inmediatas órdenes 6.000 caballeros que seguían el estandarte pontificio, y de sus hijos Felipe y Carlos, éste último en calidad de rey de Aragón, título que le

abrió sus puertas a don Jaime, y el bastardo de Rosellón, nuevo Ephialtes, guió a los franceses por los desfiladeros de los Pirineos, con lo que sin ningún peligro se pusieron en la cumbre de la cordillera y dieron de través con el campo del rey don Pedro. Perellada y Figueras cayeron en poder del invasor, que puso cerco a Gerona. Defendióla animosamente el vizconde de Cardona, don Ramón Folch, dando con ello tiempo a don Pedro de que viniera a socorrerla; pero el 15 de Agosto de 1285 el ejército aragonés fué deshecho por los franceses a la vista de la ciudad, salvándose el rey, gravemente herido en la cara, a uña de caballo. Ya privada de toda esperanza de socorro, se rindió Gerona, cabeza mural de la España en el norte, que por primera vez conoció la dura ley del vencedor. «Muchos ejemplos de crueldad se usaron en los rendidos — escribe Mariana — y hasta las iglesias de los santos fueron violadas. El sepulcro de San Narciso, que es patrón y abogado de aquella ciudad y tenido y reverenciado con gran devoción y estima, fué desbaratado de los soldados, que robaron todas las riquezas, votos y donativos de los fieles que allí hallaron en cantidad» (1). Salvó el reino el gran almirante catalán Roger de Lauria, que se encontraba con la armada aragonesa en Italia y regresó a toda prisa a dar socorro a su señor. La escua-

había conferido el Papa, quien había relevado de su juramento de fidelidad a los vasallos de Pedro. El motivo de esta verdadera cruzada contra el aragonés no era otro que las pretensiones de éste al reino de Sicilia como esposo de Constanza, hija de Manfredo y sobrina de Conradino de Suavia, muerto el uno en la batalla de Benavento, y el otro en el cadalso de Nápoles; pretensiones que chocaban contra la decisión del Pontífice, que había dado arbitrariamente dicho reino en vasallaje a Carlos de Anjou, hermano del rey de Francia.

(1) MARIANA, lib. XIV, cap. IX.

dra francesa fué alcanzada y destruída frente al puerto de Rosas; perdiéronse grandes bastimentos, y entre los prisioneros contóse el almirante Juan Escoto. Este desastre, sumado a las dificultades que encontraban en el interior del país, decidió la retirada de los franceses, cuyo rey corrió el riesgo de ser apresado en los pasos del Pirineo, que cruzó en litera, dejando su bagaje y parte de su ejército en manos del aragonés y no deteniéndose hasta llegar a Perpignan, donde falleció a los pocos días de dolor y de cólera (1). Don Pedro recuperó todo el territorio que había perdido y se apoderó de Mallorca.

En 1344, el rey don Jaime III de Mallorca, hostigado por los franceses que querían les rindiese homenaje a causa del señorío de Montpellier, acudió a don Pedro IV, *el Ceremonioso*, para que lo ayudara a rechazar este acto de sumisión a una corona extranjera. El rey de Aragón, hombre de carácter hipócrita y adusto como su contemporáneo de Castilla don Pedro *el Cruel*, en vez de valer a su pariente y libertarlo de un yugo que podía pesar con el tiempo sobre su propio cuello, se aprovechó de la oportunidad que se le ofrecía para despojar de sus estados al confiadísimo don Jaime, a quien humilló, obligándole a postrarse a sus plantas después de haberle arrebatado Mallorca y varias poblaciones del Rosellón y la Cerdania. El ofendido príncipe, no bien se vió en libertad, enajenó por 100.000 escudos de oro la ciudad de Montpellier al francés para hacerle la guerra a don Pedro, y así perdió Aragón y perdió España aquel inestimable señorío.

En 1463, los catalanes, cansados de la tiranía del rey don Juan, y atribuyéndole el designio mons-

(1) El 6 de Agosto de 1286.

truoso de haber mandado envenenar a su hijo el príncipe de Viana, muy querido de ellos, arrojaron del Principado al monarca, que se vió en la necesidad de recurrir al auxilio del rey de Francia para dominar a sus súbditos. Exigióle en prenda el francés la Cerdania y el Rosellón (1). Consintió en ello don Juan, y más tarde hubo de pesarle, pues, dominada la rebelión de Cataluña, el francés no quiso devolverle el Rosellón, originándose de aquí la larga serie de guerras que tanto han perjudicado a España y a Francia. El 9 de Abril de 1473, un ejército francés de 21.000 hombres, al mando de Filipo de Saboya, puso cerco a Perpignan. Resuelto a salvar la plaza o perecer en su defensa, el viejo rey don Juan se encerró dentro de sus muros. Acudió en su auxilio el infante don Fernando, su hijo, esposo de la reina de Castilla, con un ejército de castellanos y aragoneses, y a su aproximación levantó el cerco el de Saboya. El rey don Juan regresó a Barcelona, haciendo su entrada triunfal por la puerta de San Daniel, bajo palio, en una carroza cubierta de brocado y arrastrada por cuatro caballos blancos, y seguido por un séquito de nobles y magistrados; tanta importancia se le daba a esta victoria. No obstante, continuó la guerra en el Rosellón con más ardimiento por ambas partes. Los catalanes de esta provincia, que no se avenían a ser separados de sus hermanos de la otra vertiente del Pirineo, llevaron a cabo sacrificios y hazañas admirables, descollando entre ellos el famoso Bernardo de Olms, quien habiendo caído prisionero en Elna, desechó las ofer-

(1) «Asentaron que el rey de Francia enviase al aragonés de socorro 700 hombres de armas y 200.000 ducados para pagar el sueldo a su gente, y que el rey de Aragón en su intento que no pagase esta suma, diese en prenda lo de Cerdania y Ruisellón.»—MARIANA, lib. XXIII, cap. IV.



tas del rey de Francia, y fué decapitado por su fidelidad a su rey y a su patria, colocándose su cabeza en la punta de una lanza en la torre más alta del castillo de Perpignan, que aún estaba en poder del enemigo, y aquel Juan Blancas, cónsul o maestre de la ciudad, que, repitiendo la proeza de Guzmán *el Bueno* en Tarifa, prefirió que su único hijo, prisionero de los franceses, fuese degollado al pie de los muros, a entregar la ciudad al enemigo.

En 1474, para arreglar estas diferencias y poner fin a las hostilidades, se enviaron embajadores a París. Estos fueron don Juan Folch, condestable de Cardona, y don Hugo de Rocaberti, castellano de Amposta, Regresaban los embajadores sin concertar cosa alguna, cuando los detuvieron en Lyon contra el derecho de gentes, por cuya causa volvióse a encender la guerra, asediando los franceses a Elna y tomándola el 5 de Diciembre. Abriéronse nuevamente las negociaciones y se pactó una tregua; pero, en 1476, los franceses se apoderaron, sin previa declaración de guerra, de la fortaleza de Salas, baluarte de España, contrapuesto a Narbonne, y asediaron a Lebia en el principado de Ampurias.

Era tan grande la injusticia que se hacía al reino de Aragón, que Luis XI de Francia, acosado por el remordimiento de retener el Rosellón y la Cerdania contra el derecho de su natural dueño y señor, y movido, según se cree, por los consejos de fray Francisco de Paula, resolvió devolver estos estados al rey don Fernando, y así lo recomendó en su testamento, y para reforzar su decisión, ordenó al obispo de Londres y al conde de Dunois, que entregaran Perpignan al aragonés; mas murió en esto el monarca, y sus sucesores no respetaron ni la orden que en vida de él deseaba se cumpliese, ni su disposición testamentaria. Furioso el rey de Aragón,

dispúsose a una nueva guerra, pero Carlos VIII de Francia, deseoso de hacer la paz con España para emprender la conquista de Italia, le restituyó el Rosellón y la Cerdenia el 18 de Enero de 1493 (1).

Arregladas las cosas de España, cruzó Carlos los Alpes con un ejército de 20.000 infantes y 5.000 de a caballo. A su vista entregáronse Florencia, Milán y Pisa; la República de Venecia le envió embajadores para concertar un pacto de amistad, y así llegó el engañado monarca, acogido como un libertador y glorificado como un semidiós, sin encontrar la más leve resistencia, antes sobre una alfombra de flores, hasta las puertas de la Ciudad Eterna. Tampoco ésta le osó resistir. Las terribles predicciones del monje Savonarola, que había profetizado la invasión del rey franco como un castigo para la corrompida Italia, le allanaban el camino y le rendían todas las fortalezas. El Papa, presa del pavor general, abandonó el consistorio y refugióse en el castillo de San Angelo. Vaciló aún el franco, dudando de si entraría a la ciudad pontificia; pero poco duró su perplejidad, y el 31 de Diciembre de 1495, se posesionó de Roma. El rey don Fernando *el Católico* creyó entonces del caso intervenir en favor del

(1) «Tratóse de las condiciones, primero en Figueras, en los confines del Ampurdán y Ruisellón, después en la ciudad de Narbonne; allí últimamente, a 18 del mes de Enero del año 1493, se asentó amistad entre España y Francia... Entreteníase en este tiempo el rey don Fernando en las partes de Aragón y Cataluña, hasta tanto que como tenían asentado le restituyeron por el mes de Septiembre lo de Ruisellón y Cerdenia, y las gentes francesas que tenían de guarnición salieron de aquellos estados, resolución que dió a muchos que decir, y que los historiadores extranjeros, y muy particularmente los franceses, nunca acaban de reprehender que aquel rey por esperanza incierta se desposeyese de aquellos estados; muchos cargan al Obispo Albi, que se dejó cohechar con el oro de España.»—MARIANA, lib. XXVI, cap. IV.

Papa, y despachó embajadores a Roma para que se entrevistasen con el rey Carlos. Ya éste había partido para Nápoles, cuando llegaron aquéllos; pero ni tardos ni perezosos le dieron alcance y le presentaron la carta, en que el rey Católico le intimaba que no pasase adelante sin satisfacer antes a la Iglesia. Turbóse Carlos, y contestó que no podía abandonar una empresa ya comenzada, a lo que uno de los embajadores, Fonseca, le repitió: «Pues vuestra Majestad así lo quiere; y sin dar lugar a la razón determina proceder por vía de fuerza, Dios nuestro Señor, será juez en esta ocasión.» Dicho lo cual, retiráronse los embajadores y se embarcaron para España a dar cuenta de su gestión a don Fernando. La fortuna aún sonreía al codicioso franco, pues no bien emprendió la marcha sobre Nápoles, la nobleza y el pueblo amedrentáronse, el rey abdicó en la persona de su hijo y se embarcó para Sicilia, y a poco su mismo hijo se vió en la precisión de huir, entregándose los fuertes y la ciudad al vencedor sin combate. En el espacio de quince días, Carlos se adueñó de todo el reino, y aun del castillo de Gaeta, que ofreció alguna resistencia. Pero desde este momento, la rueda de la fortuna principió a girar inversamente. Temeroso don Fernando de Aragón de que los franceses pasaran a Sicilia como se había anunciado, formó una liga para arrojar al francés de Italia, en la que entraran el Papa, el Emperador, la señoría de Venecia y el duque de Milán. El rey Carlos, avisado de lo que pasaba y temeroso de quedar encerrado en Italia, salió de Nápoles y pasó por Roma, Toscana y Pisa con más rapidez que como había venido. Intentó cortarle la retirada el duque de Mantua; pero, aunque derrotado, logró Carlos romper por entre la muchedumbre de los enemigos, y recruzó los Alpes, dejando una parte de su

ejército muy comprometido en Nápoles. Este fué el origen de las guerras de Italia entre los españoles y los franceses, que duraron hasta la batalla de Pavía y que no movió un fin religioso ni siquiera un ideal político, sino el afán de predominio de dos naciones pujantes, que después de haber solucionado sus problemas interiores, se ahogaban dentro de sus propios límites y procuraban extender sus posesiones y asegurarse la hegemonía en el mundo. La infeliz Italia estaba destinada a servir de teatro de la lucha y sus hijos debían destrozarse mutuamente, militando bajo enseñas extrajeras, contribuyendo así al despojo y a la ruina de su patria. Hemos de decir, sin embargo, en favor de la dominación española, que ésta siempre fué más blanda que la francesa, y que posiblemente, a causa de la mayor similitud entre los pueblos italiano y español, en muchas ocasiones se estableció entre ambos, no sólo una viva corriente de simpatía, sino cierta intimidad, resaltando el hecho de que muchos príncipes, almirantes y generales italianos, dieron a España inmensa gloria comandando sus ejércitos y armadas, como el duque de Parma, Andrea Doria, Manuel Filiberto y el descubridor de América, Cristóforo Colombo.

En las guerras de Italia hicieron franceses y españoles prodigios de valor, rivalizando en ardimiento y gentileza. Aún no había pasado la época caballeresca, y se procuraba imitar a aquellos ilustres paladines de la fábula, Rolando, Reinaldo, Bernardo y Amadís. Ganaron los franceses la batalla de Rávena; pero no sacaron ningún provecho de su victoria. La fortuna de las armas se mudó, y los franceses fueron arrojados de casi toda la Península, agravando su situación la derrota que recibieron de manos de los suizos en Novara.

El reinado de los Reyes Católicos fué inmensamente beneficioso para España; si lo sobrepusieron en esplendor el de Carlos I y el de Felipe II, ninguno lo igualó en resultados materiales; su balance puede decirse que es el de toda la España desde sus orígenes, y su herencia, la más grande que vieron los siglos. Aquel rey sagaz y cauteloso y aquella reina valerosa y magnánima consumaron la unidad de la nación y arrancaron la media luna de las torres de la Alhambra, mientras sus generales conquistaban la Italia, se apoderaban de Bugía, Trípoli, Túnez, Argel, Orán y Trimecén, y el más osado de sus navegantes descubría un mundo.

La más importante de las conquistas realizadas en la Península después de la de Granada, fué la del reino de Navarra, efectuada en 1512, y su anexión definitiva a Castilla tres años más tarde. El reino de Navarra, por sus relaciones con Francia, era una avanzada de esta nación dentro de España; los navarros, por su abolengo, eran hispanos, tanto a una como a otra vertiente del Pirineo, y así fué obra de alta política, que llenaba una necesidad histórica, su reincorporación a la gran familia ibérica. El rey don Juan de Albret dió ocasión para ello aliándose con el francés con evidente desprecio y daño del rey de Aragón. El Papa supo que don Juan favorecía y ayudaba a los enemigos de la Iglesia, y, después de atender un Consejo de cardenales, dictó sentencia de excomunión contra los reyes de Navarra, privándolos de la dignidad real, y concediendo sus tierras al primero que las ocupase. Apresuróse don Fernando a invadir la Navarra, e invitó al inglés a atacar a Francia por la Guiena; sentóle bien el cebo al inglés, que de luengo tenía pretensiones sobre esta última, y envió un ejército a Guipúzcoa para reforzar el de su aliado. Los fran-

ceses no osaron socorrer al rey de Navarra, antes, temerosos de la tempestad que creían se les venía encima, se fortificaron en la Guiena y en la Lombardía para resistir al inglés. Don Fernando no intentó cosa alguna al otro lado del Bidasoa, y entretuvó como mejor pudo a Dorset en Guipúzcoa, mientras el duque de Alba reducía las poblaciones de aquel reino (1); al fin el inglés, cansado de su inacción, se restituyó a Inglaterra; y aunque los franceses vinieron en auxilio de don Juan, fueron rechazados con grandes pérdidas.

Mucho dolía a los franceses la entrega del Rosellón, y aprovechándose de los sucesos de Italia, el 19 de Septiembre de 1503 invadieron esta provincia en número de 20.000 y asaltaron el castillo de Salsas, cuyo comandante lo defendió con bravura, dando tiempo al rey Católico de que fuese a socorrerlo, como lo hizo, en efecto, viéndose obligados los enemigos a levantar el cerco.

La rivalidad de las dos poderosas naciones se reflejó en la persona de sus más excelsos príncipes Carlos y Francisco, ambos de generoso y esforzado corazón y levantadas miras; más gallardos y gentiles que sus mejores caballeros, y fuertes y audaces como el monarca inglés de los romances y de los libros de caballería; empero más grave, sesudo y codicioso el español, y más galante, más fatuo y más espléndido el francés. Carlos fué el primer general y el más hábil político de su época; Francisco, el primer caballero de Europa; no desdeñaba

(1) «El monarca español declaró a Dorset que estaba pronto a reunírsele con su ejército para hacer una invasión en Francia y poner sitio a Bayona, que abría el paso para la Guiena; pero advirtió lo peligroso que sería dejar a su espalda el reino de Navarra, que era un íntimo aliado de la Francia...» —DAVID HUME: *Historia de Inglaterra*, cap. IV.

aqué una aventura galante, pero la subordinaba a razones de Estado; el francés, por unos bellos ojos de mujer era capaz de malquistarse con sus generales y comprometer los negocios del país; en Carlos había más reflexión que sentimiento; Francisco procedía siempre a impulsos de la cólera, del amor, del entusiasmo generoso y de la fe sincera. En Malignan Francisco durmió en el campo de batalla confundido con sus soldados, sobre la cureña de un cañón. En Flandes, Carlos se hizo pasar lista como *Carlos de Gante, soldado de la Compañía del señor Antonio de Leiva*. Ambos eran consumados jinetes y muy diestros justadores. En Pavia Francisco mató siete hombres de su propia mano; de Carlos decían sus soldados que por haber nacido rey habían perdido los ejércitos el mejor caballo ligero de aquel siglo.

Encontrábase el rey don Carlos en la catedral de Barcelona celebrando un Capítulo de la Orden del Toisón de Oro, cuando recibió la noticia del fallecimiento de su abuelo el Emperador Maximiliano, e inmediatamente despachó embajadores a Alemania a mover el negocio de su elección en la Dieta que debía reunirse en Francfort. Por su parte, el rey Francisco también se declaró pretendiente a la corona del Imperio, por lo cual temióse que se llegara a un rompimiento; pero este príncipe manifestó, con más nobleza que sinceridad, que cada uno pelearía las batallas de sus pretensiones, no con las armas, sino con sus méritos, como dos caballeros que cortejan a una misma dama y el que es preferido goza de su favor, sin que el otro intente tomar por la fuerza lo que no pudo rendir por la afición. Pronto, sin embargo, se vió que estas palabras no tenían más valor que el de una frase galante en labios del rey caballero. Después de muchas y muy

graves deliberaciones, don Carlos fué electo Emperador de Alemania, y cuando esta noticia llegó a oídos del rey Francisco, que había gastado grandes sumas y había puesto en juego toda su influencia para asegurarse la elección, montó en cólera, y olvidando su hidalga promesa de no apelar a las armas, profirió fieras amenazas contra su venturoso rival.

Francia era entonces el reino más homogéneo y poblado de Europa, y por su posición central, que siempre la ha favorecido, también el más influyente. No podía, pues, el rey Francisco resignarse a vivir bloqueado y opreso en el corazón del formidable imperio de Carlos V, sin más comunicación que con el inglés, el enemigo tradicional de su pueblo, pronto a declararse también en contra suya. En estas circunstancias, procedió como hombre previsor y celoso de la independencia y de los intereses de su país, al pretender primero el Imperio, y luego, al escapársele éste, al combatir con todas sus fuerzas, aun aliándose a los protestantes de Alemania y Solimán *el Magnífico*, emperador de los mulsumanes, para romper el círculo de hierro que lo envolvía, guerra tan justa y gloriosa como la que realiza Alemania en nuestros días asediada por todas partes (1).

(1) Si Francia sabía por experiencia que la política de envolvimiento y asedio acarrea en no remoto plazo la guerra, ¿por qué procuró bloquear a Alemania, aliándose con rusos, ingleses, italianos, serbios y montenegrinos, y minando los cimientos mismos de la neutralidad belga? ¿Y por qué acusa a Alemania de trastornadora de la paz de los pueblos y enemiga de la civilización, si el aparato bélico alemán delante de la alianza de las cancillerías no era más que defensivo? Era fácil presumir que el pueblo alemán no se resignaría a verse *diplomáticamente* eliminado de los negocios del mundo y poco a poco acorralado en un extremo de Prusia, sino que, lleno de coraje, alzaría la pesada maza de Thor, el Hércules

Pero ya hemos dicho que Francisco no poseía esa cualidad esencial en los príncipes, que es al valor lo que el engarce a la piedra preciosa: la prudencia, por otros llamada *tacto político*. En el principio no más del gigantesco duelo ofendió al duque de Borbón, su vasallo más poderoso y su mejor general. Carlos, que sabía sacar ventaja de las torpezas de su rival, atrajo a su partido al de Borbón, cuyo coraje era tan grande, que tuvo en menos la salud de su patria y la limpieza de su honra que la satisfacción del agravio. El 25 de Enero de 1525, cumpleaños del Emperador, se libró la famosa batalla de Pavía, en la que los franceses fueron completamente derrotados y Francisco cayó prisionero, después de haber realizado prodigios de valor. El rey cautivo fué trasladado a Madrid, donde se le dió como alojamiento la histórica casa de los Lujanes, y como el César tardase en visitarle, enfermó de pena. Al fin, Carlos, noticioso del estado de salud de su ilustre prisionero, regresó de Toledo y pasó a visitarle. La entrevista de los dos príncipes fué muy cordial, y el rey obtuvo alguna mejora en su cautiverio y la esperanza de una pronta libertad. El Tratado de Madrid que tenía cuarenta y cuatro cláusulas, algunas muy onerosas para Francisco, fué definitivamente concluído el 14 de Enero de 1526, y en virtud de él fué puesto el rey en libertad, obligándose, mediante rehenes, a volver a su prisión en caso de que no quisiese o no pudiese más tarde cum-

germano, y rompería en menudos trozos la enorme cadena cuyos anillos son pueblos, y que corriendo por encima de los Vosgos, de los Alpes, de las montañas de Macedonia y de los Cárpatos, por la estepa rusa y por las orillas del Báltico y del mar del Norte, viene a juntar sus extremos en Londres, extremos soldados más con el oro que con el plomo de la Gran Bretaña.

plir lo pactado. Acompañólo el emperador algunas leguas a caballo; efectuóse el cambio de los rehenes en una nave anclada en medio del río que separa los dos reinos y estaba vistosamente empavesada, y una vez en la margen francesa, montó Francisco en un hermoso caballo turco, picó espuelas y se lanzó al galope, aspirando con toda la fuerza de sus pulmones el aire embalsamado de Francia y gritando con júbilo: «¡Todavía soy rey!»

Una vez en París, negóse Francisco a cumplir el Tratado, alegando que le había sido arrancado por fuerza; requirióle el Emperador que volviese a su prisión y se encogió de hombros. Era rey y caballero; mas no tuvo la virtud de Régulo, que regresó a Cartago para cumplir su palabra.

Estalló de nuevo la guerra, y otra vez franceses e imperiales se disputaron la posesión de Italia. La paz de Cambray puso momentáneamente término a la lucha, retirándose las tropas francesas, y coronándose el Emperador en Bolonia, el 25 Febrero de 1530, aniversario de la batalla de Pavía.

En 1536 se rompieron por tercera vez las hostilidades. El César entró con un gran ejército en provenza y asedió a Marsella; pero no pudo tomarla, pereciendo en esta lucha el gran poeta Garcilaso. La guerra duró hasta 1538, año en que se celebró una tregua.

Mientras tanto que tenían lugar estos sucesos en Europa, las armas españolas se cubrían de gloria en América; Hernán Cortés conquistaba a Méjico; Pizarro y Almagro el Perú, y Pedro de Valdivia realizaba su maravillosa expedición a Chile. Su rivalidad con Francisco y sus luchas contra los protestantes alemanes, no privaron al César de acometer la gloriosa empresa contra el turco en Túnez y de enviar socorros a su hermano don Fernando contra

Solimán *el Grande*, que había invadido el reino de Hungría (1).

En 1542, el rey de Francia concertó una alianza con el gran turco y declaró la guerra al César. El Delfín de Francia, a la cabeza de un poderoso ejército, invadió el Rosellón y asedió a Perpignan. Los sitiados hicieron una salida vigorosa, le clavaron la artillería y le obligaron a levantar el cerco. La escuadra del corsario Barbarroja, aliado del rey Francisco, invernó en el puerto de Marsella. El César declaró al rey de Francia amigo de los infieles y azote de la Cristiandad. Una escuadra española al mando de don Alvaro de Bazán, que cruzaba delante de Galicia, derrotó y destruyó a una escuadra francesa de 30 navíos. El César celebró este año (1544) una Dieta en Spira y pidió a ésta un subsidio de 4.000 caballos y 24.000 infantes, que le fué concedido por seis meses, según la costumbre alemana; el rey de Dinamarca, con el cual tenía concertada una alianza, le envió algunas tropas; reuniósele con las suyas el príncipe de Orange, y con esto y con las fuerzas españolas acuarteladas en Flandes, logró juntar un ejército de 70.000 hombres, con el que invadió a Francia por el Luxemburgo. La plaza de Luxemburgo, que constituía uno de los trofeos más gloriosos de Francisco, se entregó a Gonzaga, vencida más por el hambre que por la espada. El ejército imperial avanzó hasta Saint Didier, ocupando las poblaciones y talando todo el territorio. Estaba la plaza defendida por una numerosa guarnición, y tenía pertrechos de guerra y provisiones en abundancia. Varios asaltos

(1) «Muchas casas españolas estaban todavía arruinadas en el siglo XVII por efecto de los gastos hechos en esta jornada.»—ÁNGEL SALCEDO RUIZ, *Resumen crítico de la Historia de España*.

fueron rechazados con obstinación por los sitiados; y en uno de ellos cayó mortalmente herido el príncipe de Orange. Era tan encarnizada la lucha, que el mismo día pereció el general francés Lalande, que había defendido a Landresies el año anterior. Juntó sus fuerzas el rey de Francia para socorrer a los sitiados, si se le presentaba coyuntura favorable, y puso su campo cerca del río Marne, nombrando jefes del ejército al Delfin y al duque de Orleans. Brissac, que se hallaba con un poderoso ejército en Vitry, fué batido por los imperiales al mando de Mauricio de Sajonia y Francisco Atestino, que quemaron la ciudad. Perdida ya toda esperanza de socorro, se rindió Saint Didier, saliendo los sitiados con sus armas y dos piezas de artillería.

Es curioso observar que esta campaña de los imperiales, cuyo núcleo lo formaban entonces las tropas españolas, se ejecutó casi exactamente como el avance alemán en 1914, deteniéndose los invasores en el mismo punto, a orillas del Marne, donde debía con el tiempo librarse una de las más grandes batallas de la historia.

«Apoderóse el César de San Didier —dice Miñana— (1) y levantó el campo para dirigirse a París, publicando para ocultar su designio que marchaba hacia Chalons. Pero habiendo caminado algún tiempo, torció repentinamente hacia Epernay, ciudad situada en el camino, la cual tomó, y mantuvo muchos días el ejército con los muchos víveres que sacó de los almacenes que allí había. De este modo sucedían todas las cosas prósperamente al César, y adversas a su enemigo. Entretanto, se declaró la guerra a los campos, no dejando en ellos fruto alguno. Todo se hallaba lleno de tumulto y confu-

(1) MIÑANA, lib. III, cap. XVII.

sión con el continuo incendio de las aldeas, y con la fuga y pavor de los habitantes. Corrieron los imperiales hasta Meaux, y tomaron algunos pueblos, dividiendo solamente los dos ejércitos el río Marne. Fustemberg se aventuró temerariamente y sin escolta alguna a explorar sus vados, y fué hecho prisionero con peligro de perder la cabeza; pues militando antes en las filas del rey de Francia, se había pasado al César con una gran suma de dinero destinada a la paga de las tropas. Sin embargo, le concedió la libertad aquel rey benigno, pagando 30.000 escudos. Mientras tanto se apoderó una gran consternación y terror de la populosa ciudad de París, que, viendo tan cerca el enemigo, mudó enteramente de aspecto. Todos recogían sus más preciosos muebles, y por toda la ciudad se apresuraban a llevarlos de unas partes a otras, para ponerlos en lugar seguro. El río Sena se hallaba cubierto de barcos, y los caminos de carros, especialmente los de Orleans y Ruan, causando no poco daño los ladrones que por todas partes robaban a los fugitivos, mal inevitable de todo tumulto y confusión. Todos procuraban únicamente ponerse en salvo, posponiendo a esto la patria y todas las demás cosas, y aunque el rey envió al Cardenal Meñdonio y al duque de Guisa para que desvaneciesen aquél pánico terror, no consiguieron cosa alguna porque el miedo los había ensordecido.*

La presencia del rey reanimó a los parisienses, y cesó la fuga. Se trató la paz con el Emperador, y el 18 de Septiembre de 1544 se firmó el Tratado en el castillo de Crespy, donde el César estaba aposentado. Por la paz de Crespy, Francisco renunció solemnemente a cualquier pretensión que pudiera tener en Flandes, Aragón o Nápoles, y se comprometió a entrar en una nueva liga contra los herejes.

No terminaron con la muerte del rey Francisco estas disensiones. Enrique II, su sucesor, aprovechándose de la guerra que hacían al César los príncipes coaligados de Alemania, se entró por la Lorena con un numeroso ejército, y el condestable de Montmorency se apoderó de Toul y ocupó fácilmente la ciudad imperial de Metz, que no debía salir del poder de Francia hasta 1870, en que la entregó el general Bazaine (1).

Mucho dolió al César la pérdida de Metz, tanto, que personalmente se dirigió a recuperarla en medio del invierno, contra la opinión del duque de Alba, que le aconsejó esperarse la primavera. Defendió la plaza el joven duque de Guisa, que allí cobró inmensa gloria. Las fuerzas de los sitiadores ascendían a 110.000 hombres con 120 cañones, cuyo estruendo resonaba más allá de Estrasburgo; la guarnición no llegaba a 11.000 hombres; pero los muros eran espesos, abundaban las provisiones y ardían los hogares con un buen fuego, mientras que fuera una espesa capa de nieve cubría los campos; los ríos estaban helados, escaseaban los víveres, porque el enemigo entorpecía las comunicaciones; los infelices imperiales tiritaban de frío y bostezaban de hambre, se les caían las armas de las manos entorpecidas, y hasta el mismo Emperador, ya viejo y atormentado por la gota, quejábase de la inclemencia de aquel invierno atroz. Finalmente, ordenó el César levantar el sitio, gimiendo y clamando que la fortuna sólo es amiga de los jóvenes.

El 16 de Enero de 1556 renunció Carlos V la co-

(1) «... Ocupó fácilmente a Metz en la Lorena, con el favor de la plebe, siempre deseosa de novedades.»—MIÑANA, lib. IV, cap. XIII.

rona de España en su hijo don Felipe, y la del Imperio en su hermano don Fernando, y se retiró al Monasterio de Yuste, ejemplo raro y único en la historia, que no guarda en sus anales nada parecido al caso de este príncipe, que en la cumbre de su mayor poder y gloria trocó el cetro y la corona de dos mundos por el bordón y el sayal de un pobre fraile.

Con Felipe II alcanza la nación española, ya desligada del imperio germánico, la cima de su grandeza y la plenitud de su esplendor.

Ningún monarca ha merecido los más opuestos juicios de sus contemporáneos y aun de los historiadores modernos; es más, no encontraríamos dos que coincidan en su solo punto, como si la vida del rey fuese un prisma que, visto por todos lados, ofrece múltiples facetas con los matices más desconcertantes. Considéranlo algunos como un monstruo de hipocresía y de refinada crueldad, y pintánlo siempre vestido de negro, con su aspecto sombrío y casi fúnebre, bajo su sombrero alto y de él sólo peculiar, y con los ojos apagados, como velando sus propios pensamientos; atribúyenle los excesos más vergonzosos; dicen que fué un tirano a lo Tiberio o Calígula, un libertino como Nerón, un inquisidor fanático que gozaba con los suplicios que hacía padecer a los herejes, y un cobarde como Heliogábalo; se asegura que mandó envenenar a su hijo don Carlos en la prisión, y que igualmente mandó matar a su hermano don Juan de Austria, a quien temía; en cambio, otros tiénenlo por un santo, y afirman que jamás hubo príncipe más virtuoso y prudente que él. Su dilatadísimo reinado y la inmensa cantidad de negocios a que dió cima, con los mil incidentes que ocurriéron durante su época y en los que él siempre puso mano, han dado origen a la formación de tan opuestas opiniones, pues

cada historiador mira al monarca desde su punto de vista patriótico o religioso; pero todos están acordes en afirmar que fué un gran rey y que su nombre, envuelto en un extraño prestigio que perdura, aún hace temblar de ira y de espanto a sus enemigos, y de admiración a sus fervorosos partidarios. Con él el nombre de España se hizo admirado y temido por todo el mundo; con él el Imperio español apoyaba la cabeza en el Escorial y bañaba sus pies en las aguas del mar del Sur, y con él también, puede decirse, se hundió España.

La campaña de 1557 contra los franceses marcó el apogeo de la gloria militar de España. El gobernador de Flandes, Manuel Filiberto de Saboya, al frente de un poderoso ejército compuesto de españoles, flamencos, alemanes e italianos, y con la cooperación de un cuerpo auxiliar inglés, enviado por la reina María para apoyar la empresa de su esposo don Felipe, invadió a Francia por la frontera de Flandes, y llegó hasta San Quintín, efectuando el mismo recorrido que tres siglos y medio más tarde debía efectuar el general alemán von Kluck. El almirante Coligny logró entrar en la plaza, rompiendo por el medio de los sitiadores, y la puso en condiciones de verificar una vigorosa resistencia. Acercóse a socorrerla el condestable de Montmorency, con un numeroso ejército, en el que militaba lo más granado de la nobleza de Francia; pero fué derrotado con terribles pérdidas en la memorable batalla de San Lorenzo, y él mismo cayó prisionero. Seis mil prisioneros, entre ellos dos mil nobles, estandartes y banderas, veinte cañones de todos calibres y trescientos carros cargados de municiones y víveres quedaron en poder del vencedor. Al levantarse el campo se contaron más de diez mil cadáveres de franceses. Algunos generales fueron de pare-

cer que se marchase inmediatamente sobre París, aprovechando el espanto y la confusión de los primeros momentos; pero prevaleció el dictamen de los que aconsejaron que no se avanzase sin antes asegurar la fortaleza que quedaba a la espalda, para estar a cubierto de cualquier contratiempo que pudiera sufrir el ejército en el corazón del país enemigo, y se atacó nuevamente con ímpetu a San Quintín. Coligny hizo prodigios de valor y logró detener diez y siete días a los invasores delante de la plaza, que al fin fué tomada por asalto; pero aquellos días de respiro salvaron a Francia. El rey Enrique reunió apresuradamente sus tropas dispersas, reanimó el valor de sus súbditos y se dispuso a disputar a los vencedores el camino de París, estableciéndose en Compiègne. Los españoles, en tanto, tomaron las plazas fuertes de Catelet, Noyon y Han.

Algunos triunfos alcanzaron los franceses en el Norte sobre los ingleses, a quienes arrebataron la plaza de Calais, que habían tenido en su poder desde la guerra de los Cien Años; y también en Flandes, donde asaltaron Dunkerque y llegaron hasta Nieuport, pero la derrota de Gravelinas revivió en ellos el recuerdo de San Quintín e inclinó sus ánimos a aceptar la paz. Las condiciones en que ésta fué concertada no pudieron ser más benignas para Francia, que estaba completamente destrozada, sin ejército ni recursos para formarlos, con el enemigo en su propia casa y su nobleza dividida por la cuestión religiosa que debía degenerar en una sangrienta guerra civil; pero el rey Felipe no era amigo de conquistas como el César su padre, y se contentó con asegurar las cosas de Italia de modo que el francés no pudiera trastornarlas nuevamente, firmándose la tan anhelada paz en Château-Cambresis el 2 de Abril de 1559.

En memoria de la batalla de San Lorenzo, mandó construir Felipe II el Monasterio del Escorial, reputado todavía como una de las maravillas del mundo.

Puesta la concordia al fin entre tan altos príncipes y sosegada la Europa, volvió sus ojos el gran rey hacia el Oriente, donde los turcos, aparejando fuertes armadas y levantando ejércitos innumerables, amenazaban nuevamente a la Cristiandad. Formóse una *Santa Liga* entre el rey Católico, la República de Venecia y los Estados pontificios, y aprestóse una escuadra, cuyo mando supremo le fué conferido a don Juan de Austria, quien tenía bajo sus órdenes a Andrea Doria y a don Alvaro de Bazán. El día 7 de Abril de 1571, la escuadra cristiana, que constaba de 210 galeras, avistó a la escuadra otomana, algo más numerosa, que salía del golfo de Lepanto, y trabóse la gloriosísima pelea que hundió para siempre en los mares el estandarte del Profeta y alzó triunfante la enseña de la cruz. Perdieron los cristianos 17 galeras y 7.500 hombres; de los otomanos perecieron 35.000 hombres, entre ellos el almirante Ali y el temido corsario Barbarroja; fueron apresadas 167 galeras, y hundidas y quemadas unas 60. Con esta victoria, ganaron la libertad unos 10.000 cautivos que bogaban en las galeras turcas. En Lepanto perdió un brazo, luchando como bueno, el soldado Miguel de Cervantes Saavedra, autor del *Quijote*.

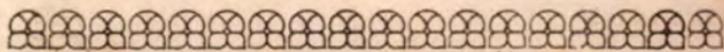
En Lepanto culminó el sol de España. Cuando se contempla a esta nación en toda su gloria, dominadora del mundo, señora de los mares y de las tierras, dueña a la vez del cetro y del tridente, parece imposible que haya podido llegar a tal grado de abatimiento y miseria. Grande era España! Americanos y españoles podemos juntos celebrar tanta grandeza, porque entonces nuestra patria, que pro-

ducía los héroes por millares y llenaba la historia con el estruendo de sus armas y la luz de su genio que se difundía por todo el planeta con el reflejo de las corazas y el esplendor de las lanzas y las espadas, era el inmenso imperio donde jamás el sol detenía su curso fatigado, pues dejaba las encantadas orillas del Darro y del Betis y las doradas torres de la Alhambra y del regio Alcázar, para lucir sobre el palacio de Cortés en México, ceñir con su abrazo de fuego el mar del Sur y alzar de nuevo la frente orlada de llamas sobre los vetustos imperios del Oriente, hasta donde se extendía el nombre y la influencia de España. Entonces, ¡oh, madre de naciones! ¿cuál de tus rivales osaba poner su enseña al lado de la tuya, que cubría a cien pueblos? Sola tú comprendiste a Colón y le diste las alas de tus naves; tuya sola fué la gloria del descubrimiento, y aunque razas extrañas profanen tu nombre con lenguas de mentira, ¡oh madre Iberia! nadie podrá borrar estos hechos inmensos, que crecen con el tiempo como la sombra gigantesca de los pueblos en la historia: que los ojos de tus hijos fueron los primeros que vieron, entre las brumas matinales, surgir, como del seno de las aguas, la isla de San Salvador; que el grito de: «Tierra», que descorrió el velo del misterio que cubría la faz de un mundo, fué proferido en tu lengua melodiosa por Rodrigo de Triana; que el primer europeo que vió el caudaloso Mississipí, el padre de los ríos, fué Hernando de Soto; que México, que entonces comprendía hasta el Utah y el Wyoming, fué conquistado por Hernán Cortés y sus valerosos compañeros; que Ponce de León rasgó la túnica de virginal barbarie que envolvía a la Florida; que el infortunado Solís, Sebastián Cabot y Diego García, vieron antes que cualesquiera otros europeos, alzarse el sol con lumbre de

oro sobre el inmenso río de la Plata; que el Océano Pacífico fué descubierto por Vasco Núñez de Balboa, quien entró en la mar sin despojarse de la armadura, llevando en una mano el estandarte de Castilla y en la otra la espada desnuda, y tomó posesión solemne de aquella inmensidad en nombre de sus soberanos; que Vasco de Gama dobló el cabo de las Tormentas, que señoreaba el fabuloso Adamástor y llegó a la misteriosa tierra de Cambaya; que Francisco Pizarro emprendió con catorce hombres la conquista del Perú; que Pedro de Valdivia cruzó la cordillera andina y fundó a Santiago de Chile; que Sebastián del Cano, teniente de Magallanes, fué el primero que dió la vuelta al mundo; y que tú, sembrando los huesos de tus héroes, como Cadmo las piedras en la Grecia legendaria, diste origen en el Continente que ofrendaste a la civilización, a más de veinte naciones que hablan la lengua de tu inmortal manchego y también la de tu otro hijo predilecto, el ilustre Camoens. Cuando las ruinas de esta civilización se agrupan en amontonamientos melancólicos de columnas rotas, arcos destruidos y estatuas mutiladas, como la civilización antigua en la Acrópolis y en el Campo romano, una voz se alzaré del polvo y dirá a los hombres futuros: «Los españoles y los portugueses, repitiendo el periplo de Hannon, fueron los primeros que dieron la vuelta al Africa, desataron los misterios de la mar oceána, penetraron en el país de las especies y en el del ópio, subyugaron al poderoso Moctezuma y al gran Atahualpa, contemplaron la cruz del Sur y las constelaciones australes; enseñaron el Evangelio a los incas, los aztecas, los persas, los indos y los chinos; recorrieron las selvas inmensas de América, del Oregón hasta la Patagonia; quebrantaron el poder del feroz Solimán, y anegaron la media luna en

las aguas de Lepanto. Entonces, un soldado, Garcilaso, escribía versos como Anacreonte y Petrarca; un fraile, de las Casas, refería la historia de la conquista y cruzaba diez y siete veces «la mar tenebrosa» para abogar ante los reyes por los infelices indios; otro soldado, Cervantes, componía la obra más regocijada y humana que se ha escrito en lengua alguna; un hidalguito de Medellín, Sevilla, Valladolid o Burgos, llevaba en la guarnición de su espada la suerte de un imperio; fray Luis de León hacía al idioma castellano el don inestimable de sus odas; el divino Herrera entonaba con voz robusta el «Cantemos al Señor», rememorando el canto sublime de Moisés en el paso del mar Rojo; Lope de Vega partía la luz de su ingenio en cien rayos para iluminar la escena, la lírica, la elegía, la epopeya, la tribuna sagrada y aun el noble ejercicio de las armas; Ercilla vaciaba en el lejano Arauco en estrofas de bronce, las figuras heroicas de Valdivia, y de los Aquiles y Ayaces bárbaros, Caupolicán, Lautaro Rengo y Orompello; una pléyade de bardos constelaba la Corte, añadiendo a la gloria militar el esplendor de las letras; humildes frailes, como Mariana, narraban la historia de España, que era la historia del mundo; los héroes de la religión y de la patria escribían en las selvas de América, con la cruz los unos y los otros con la espada, el poema gigantesco de la conquista, luchando contra los reyes poderosos y tribus bárbaras, contra las inclemencias del clima, ora ardoroso en las riberas del Amazonas y del Orinoco, ora glacial en la cumbre de los Andes bolivianos y chilenos, y contra los naturales obstáculos que les ofrecían una vegetación espesa de árboles corpulentos que mecían su copa en las nubes y sombrean la tierra con su enorme ramaje entremezclado de plantas trepadoras y parásitas, ríos caudalosos nunca sur-

cados por europeos, y cordilleras altísimas cubiertas de nieve, en un territorio cuatro veces mayor que el de Europa; afluían a Salamanca los hombres más eruditos del mundo; poetas, filósofos, historiadores, artistas, arquitectos, médicos, legistas, etc., hacían resonar por doquiera el nombre de España; repetíalo con admiración el pueblo cristiano, escuchábanlo con temor el árabe y el turco; respetábanlo el franco, el anglo y el teutón; príncipes, almirantes y capitanes famosos como Gonzalo de Córdoba, el duque de Alba, don Juan de Austria, Alejandro Farnesio, el marqués de Santa Cruz, don Alvaro de Bazán, Doria y Manuel Filiberto, dirigían sus ejércitos y sus armadas; y en la boca del Tajo, en el puerto de Barcelona, en las bahías de Cádiz y de Vigo y en la desembocadura del Guadalquivir, se veían centenares de barcos en el afán constante del comercio, mientras enjambres humanos trabajaban el oro, la seda, las piedras preciosas, los paños más finos, cordobanes magníficos, alfombras, damascos y tapices, yelmos, rodela, mosquetes, bracamantes, alfanjes, cañones y toda clase de armas de finísimo acero, objetos de la más delicada orfebrería y otros mil artículos de que entonces Europa era tributaria de España. Era tanta la grandeza de esta nación, que al contemplarla en la historia nos produce la ilusión de la armadura de un gigante, por fuera desmesurada y espantable, por dentro llena de telarañas y polvo. Pero, no obstante, su contemplación halaga y conforta, porque el amante de las glorias pretéritas comprende que esa armadura la llevó un día un titán; que un corazón heroico latió dentro de ese hierro oxidado, y que de nuevo puede ponerse en marcha el espíritu sublime de la raza, animando el polvo de los Cides, Wifredos, Pinzones, Cortéses y Pizarros.



II

España e Inglaterra.

Felipe II e Isabel de Inglaterra.—Guerra de Portugal.—
Sublevaciones de Flandes.—Isabel y los flamencos.—
Preparativos navales de España.—Fracaso de la «In-
vencible».

Carlos I, comprendiendo que la nación inglesa estaba llamada a jugar un papel importantísimo en la política europea, procuró vincular sus destinos a los de la nación española, y con este objeto casó a su hijo don Felipe con la reina doña María, mujer fea, entrada en años y muy fanática, al decir de los historiadores. El príncipe no opuso ninguna dificultad, como que, al igual que su padre, subordinaba los impulsos del corazón a las razones de Estado, y se dirigió a Inglaterra con una escuadra de ciento veinte velas, un séquito de 400 nobles y una escolta no menor de 4.000 hombres, que envió después a Flandes. Era tal la animosidad que reinaba ya entre españoles e ingleses, que se temió que en el mismo puerto de Southampton viniesen a las manos los marinos de las dos naciones, aun en presencia de don Felipe. Burnet refiere que el almirante inglés disparó sobre la escuadra española, hallándose el

príncipe a bordo, porque no había bajado los masteleros de juanete como homenaje a la escuadra inglesa a la entrada del Canal (1).

Los desposorios se verificaron en la abadía de Westminster, habiendo antes Carlos I renunciado en don Felipe el reino de Nápoles, para que la reina tuviera un esposo de igual categoría.

El carácter sombrío y reservado de don Felipe no complació a los nobles ingleses, ya predispuestos en contra suya; en cambio, encantó a la reina, que disfrutaba así por completo de su compañía en las inmensas soledades de Windsor.

Temía la nación inglesa que el poderoso príncipe convirtiera a Inglaterra en una provincia española, como los Países Bajos o Nápoles y que implantara la Inquisición para extirpar la herejía, y fueron vanas todas las tentativas que hizo María para coronarle rey y vincular en él el derecho al trono. Ninguna cosa ejecutó empero don Felipe que justificara la mala voluntad que se le tenía, antes interpuso toda su influencia con su consorte para que pusiera en libertad a muchos presos de distinción, como lord Enrique Dudley, sir Eduardo Warner, sir Jorge Harper y sir Nicolás Throgworton; aún más hizo don Felipe para conquistarse la simpatía del pueblo inglés, y fué que procuró suavizar el corazón duro y vengativo de María, interesándola en favor de su hermana Isabel —presunta heredera del trono— a

(1) BURNET, tomo III, pág. 392.—«Mandó (doña María) a armar una escuadra que debía mandar lord Effingham para ir a buscar a Felipe a España, donde residía; pero la advirtió el almirante que los marineros habían manifestado de tal modo su indignación, que no podía responder de la seguridad de su esposo en semejantes manos, y al instante dió orden de licenciarles.» — DAVID HUME: *Historia de Inglaterra*, tomo II, cap. XIII.

la que consiguió finalmente poner en libertad. Pero todos estos actos generosos fueron atribuidos a una refinada política, y se llegó a suponer que si procuraba el bien de aquella princesa era para impedir que la sucesión a la corona de Inglaterra recayera en la reina de Escocia. David Hume recoge la versión de que hizo envenenar al conde de Devonshire, después de que con afectada benevolencia lo había hecho sacar de la torre de Londres (1).

Don Felipe, a quien se atribuye la violenta persecución de que fueron objeto los reformados, no pudo siquiera obtener de la Cámara un subsidio para ayudar al Emperador en su lucha contra Francia, y vió con pena que el odio natural que los ingleses profesaban a esta nación se dirigía contra España.

La muerte de la reina María rompió la momentánea alianza de las dos coronas, y puso frente a frente a Inglaterra y España.

Conmovía entonces al mundo cristiano el cisma religioso que se había producido en Alemania a causa de la reforma intentada por Martín Lutero. Francia, Inglaterra y los Estados germánicos eran teatro de terribles luchas, corriendo la sangre en los claustros de los templos y profanándose con los mayores excesos los santuarios. El César Carlos V se

(1) El odio que los protestantes ingleses tenían al príncipe católico de España fué la causa de que se le atribuyesen crímenes que jamás pensó cometer. Ni por educación ni por ateísmo, ni por exaltación religiosa, pudo don Felipe ejecutar tales atrocidades. Por otra parte, ¿cómo se comprende el temor de los ingleses a este príncipe severo de presencia y de costumbres, cuando su historia estaba manchada con los excesos de Enrique VIII y otras maldades que sirvieron de tema a Shakespeare para componer sus tremendas tragedias históricas?

había convertido en el brazo fuerte de la Iglesia católica, el cual se ejercitaba lo mismo contra los musulmanes que contra los luteranos. Las campañas contra Solimán y los piratas tunecinos y argelinos tuvieron más carácter religioso que político. La formidable batalla de Ingolstadt, que se verificó el 30 de Marzo de 1544, la ganó el duque de Alba contra el ejército de los príncipes protestantes y confederados en Smakalda. Otras muchas batallas libró el Emperador contra los reformados, que contaban con el apoyo del rey cristianísimo de Francia, y como en estas campañas empleaba invariablemente tropas de España y de Italia que no estaban contagiadas de luteranismo, en breve el odio de los reformados a la Religión católica y a la persona del Pontífice, envolvió a toda la nación española, sentimiento que persiste aún en los países en que domina el protestantismo, para los que los nombres de *España* y *Santo Oficio* tienen idéntica significación. El rey don Felipe heredó con los dilatados dominios de la monarquía española la obligación de defender la fe católica y el odio de turcos y luteranos. Los trastornos de los Países Bajos y diferencias con Isabel de Inglaterra no tuvieron otro origen, lo mismo que la *Liga* contra Enrique III de Francia y el *Bearnés*. Sin este apoyo, la católica Francia se hubiera convertido a la Reforma y sería hoy un estado protestante.

Isabel restableció nuevamente el culto que María había abolido, anuló la declaración de las Cámaras, que habían vuelto sumisas a la obediencia del Pontífice, rompió con la Santa Sede y persiguió con mano dura a los católicos. Una revuelta estalló en los Países Bajos por asuntos religiosos, e Isabel se puso secretamente de acuerdo con los sublevados y les envió subsidios. En vano don Felipe mandó al du-